



ISLAS, 48(147): 46-57; enero-marzo, 2006

Carmen Gómez
García

*Rodney Arismendi
y la revolución
continental*

H

ace algunos años, el 23 de diciembre de 1999, en un acto celebrado en la Biblioteca Memorial Juan Marinello en homenaje al pensador marxista y dirigente político uruguayo Rodney Arismendi con motivo del décimo aniversario de su desaparición física, hube de presentar un breve ensayo en el que reflexionaba sobre las concepciones sostenidas por el destacado intelectual acerca de los problemas de la revolución continental.

Hoy, cuando la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas rinde también homenaje a esta prestigiosa figura del marxismo latinoamericano con la presentación de un número especial de la revista *Islas* dedicado a profundizar en su pensamiento político, me ha parecido oportuno volver a meditar con ustedes sobre este tema que en nuestros días ha adquirido una superlativa importancia.

El inicio del siglo XXI ha encontrado una América Latina en ebullición y la unidad continental que en aquellos momentos parecía todavía lejana ha avanzado en breve plazo largos trechos. El ALCA, ese engendro imperialista que pretendía anexarse a nuestras repúblicas ha sido recientemente enterrado por los pueblos en la Cumbre de las Américas celebrada en Mar del Plata, mientras el ALBA, la propuesta de Hugo Chávez, el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, para sacar a nuestros pueblos de la miseria y el subdesarrollo, cobra cada vez más fuerza y alumbrá con su luz auroral los destinos de estas tierras a las que José Martí llamara *nuestra América*.

La necesidad de unir a todas las naciones de nuestro continente en un solo haz como el medio más eficaz de resistir al poderoso vecino del Norte que unas veces a través de la invasión de sus

[46]





territorios, otras por la injerencia en sus asuntos internos o por la inversión en ellos de grandes capitales a través de las transnacionales, trataba de someterlas a su economía y a su política, fue comprendida en su época por el Libertador Simón Bolívar, quien en sus conocidas *Cartas de Jamaica*, en fecha tan temprana como 1815, destaca con claridad meridiana que las tierras que se extienden entre el Río Bravo y la Patagonia, por cuya independencia venía luchando con tanto ahínco, eran “un mundo aparte rodeado de dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y las ciencias”.¹ Está convencido de que la América colonizada por España es una y propone la existencia de una *federación americana* en la cual, por supuesto, no incluye a los Estados Unidos -pese a que éstos han tratado de convertir a Bolívar en el padre del panamericanismo- pues muy pronto advirtió toda la perfidia que se escondía tras su tan cacareada democracia. Para garantizar la independencia y soberanía de estos países, convocó en 1826 al Congreso Anfictiónico de Panamá con el propósito de dar los primeros pasos en el camino de la integración latinoamericana y, al mismo tiempo, acabar de arrebatarle a España los últimos reductos de su otrora poderoso imperio colonial: Cuba y Puerto Rico. La intervención de los Estados Unidos frustró el proyecto, pues no convenía a sus intereses la existencia de una América Latina unida capaz de resistirse a sus ambiciosos proyectos de dominación imperialista.

Por su parte José Martí, cuando en el último cuarto del siglo XIX comienza su labor patriótica con el propósito de liberar a Cuba y Puerto Rico de la dominación colonial española, se inspira en el ideario bolivariano y lucha también por forjar la unidad de los países de *Nuestra América* para librarla de la penetración imperialista, como destaca en su carta póstuma dirigida a su amigo mexicano Manuel Mercado, escrita pocas horas antes de caer combatiendo en Dos Ríos, cuando le dice que con su lucha trata “de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.²

¹ Simón Bolívar: *Cartas de Jamaica*, tomado del Prólogo de Manuel Galich a la obra de José Martí: *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, p. 23, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1982.

² José Martí: Carta a Manuel Mercado, en *El Partido Revolucionario Cubano*, p. 127, Editora Política, La Habana, 1982.

[47]





Infortunadamente los anhelos de Bolívar y Martí se frustraron. El imperialismo estadounidense logró penetrar con sus capitales las repúblicas latinoamericanas, hacerlas fácil presa de su codicia y someterlas a su dominación. Durante el siglo xx los gobiernos corruptos de los países latinoamericanos fueron entregando sus mejores tierras, sus minas, sus riquezas todas, a la rapacidad de las transnacionales, dejando a sus pueblos en la miseria. Las fuerzas revolucionarias, inspiradas en los éxitos del proletariado ruso que conducido por Lenin había logrado tomar el poder político, comenzaron a luchar por liberar a sus pueblos del imperialismo, la mayor parte de las veces sin lograrlo. Sus intelectuales más prestigiosos: José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, Julio Antonio Mella, Blas Roca y otros, se alzaron en demanda de cambios radicales en esta situación, exhortando a la lucha contra el imperialismo y a la conquista de la justicia social para los desposeídos. En sus obras llamaron la atención sobre lo necesario de la unidad de las naciones que integran la América nuestra para poder enfrentar con éxito los embates del imperialismo y respecto a sustentar estas luchas con una sólida teoría revolucionaria que les sirviera de apoyo.

A principios de la segunda mitad del siglo se inicia en Cuba un proceso revolucionario bajo el liderazgo de Fidel Castro, quien se apoya en las más sólidas teorías revolucionarias de su momento histórico. El exitoso despliegue de la Revolución Cubana, sus indiscutibles logros pese a las difíciles condiciones que le impone el bloqueo, la heroica resistencia de su pueblo, llenan de admiración y entusiasmo a todas las fuerzas progresistas de los países de Nuestra América. Muchos piensan que ha llegado la hora de iniciar en este mundo nuestro, diferente del que se extiende al norte del continente, que nos explota y discrimina, el proceso de la segunda y verdadera independencia. Rodney Arismendi se encuentra entre ellos. Piensa que los países latinoamericanos tienen una real identidad, sustentada en su común origen, en la posesión de una misma lengua mediante la cual se entienden, en la forja de una cultura que, no obstante sus naturales diferencias, tiene rasgos similares -cultura cuyas raíces se extienden a través de un vasto continente para sumergirse en el Mar de las Antillas y reaparecer coloreada de negro en las islas caribeñas- en la fragua a través del tiempo de una historia común, pletórica de heroicas luchas y de increíbles haza-

[48]



ñas, contra el colonialismo español primero, contra la dominación imperialista después.

Entre 1959 y 1961 escribió Arismendi los ensayos políticos que publicara bajo el título de *Problemas de una revolución continental*, y cuya Introducción data de enero de 1962. Son esos para Cuba los difíciles años de la invasión mercenaria por Playa Girón, de la declaración del carácter socialista de la revolución y de la Crisis de octubre, lo que le permite a su autor comprobar en la práctica revolucionaria del pueblo cubano la solidez de sus teorías.

Sus trabajos se apoyan en su amplio conocimiento de la situación económica y social en que viven los países latinoamericanos y de su desarrollo histórico, así como en el profundo dominio que posee de la dialéctica materialista, que aplica consecuentemente al análisis de los problemas de la revolución social en los países de economía dependiente.

La obra, que se hizo acreedora de una segunda edición, no obstante el tiempo transcurrido y los cambios operados en la situación de los países latinoamericanos, agudizados en la mayor parte de ellos a consecuencia de la implantación de la política económica neoliberal, no ha perdido su vigencia; sigue siendo una obra de obligada consulta para los dirigentes políticos que aspiren a promover en sus países cambios profundos de carácter realmente popular y para aquellos enfrascados en la tarea de unir a nuestras repúblicas en una lucha común contra el imperialismo. Es, en mi criterio, una de las obras de mayor alcance teórico del marxismo-leninismo latinoamericano.

En ella, su autor, aunque centra fundamentalmente su atención en los problemas de la revolución en América Latina, no deja de ocuparse de los relativos a los de su país natal, el Uruguay, en cuyas luchas políticas tuvo una decisiva participación al frente de su Partido Comunista, contribuyendo con su indiscutible talento político, junto a otras distinguidas personalidades de su época, como Líber Seregni, a la conformación del Frente Amplio, que en las últimas elecciones presidenciales de su país obtuvo el triunfo y abrió para el pueblo uruguayo nuevas perspectivas de desarrollo.

Aunque *Problemas de una revolución continental* se compone de varios ensayos escritos en momentos diversos, a través de ellos se mantiene la indispensable unidad. La posibilidad real de realizar la revolución latinoamericana, la existencia de las condiciones objetivas y subjetivas para ello, el análisis del carácter de este

[49]



proceso revolucionario y de las fuerzas motrices capaces de impulsarlo, actúa a través de toda la obra como hilo conductor.

En su análisis destaca que en todos los países latinoamericanos existen, con fuerza más o menos intensa, las condiciones objetivas para la revolución social. En ellos se ha ido conformando históricamente -mediante la dominación colonial primero y la imperialista después- una estructura socio-económica caracterizada por la explotación agraria o minera, la monoproducción, el latifundio, la carencia de industrias y la penetración de capitales extranjeros, en lo esencial procedentes de los Estados Unidos, lo que ha conducido a la deformación de la economía con el consiguiente enriquecimiento de una minoría a costa de la miseria de las grandes masas populares, características éstas de las economías dependientes. Sostiene en la obra: La adecuación de los latifundios, minas y yacimientos de América Latina al reparto internacional del trabajo del capitalismo ascendente y más tarde la presencia de las inversiones extranjeras prefiguraron de ese modo algunos de los trazos más salientes de la actual estructura económico-social en crisis. Ellos son de dependencia enfermiza del mercado exterior, la participación en este mercado con uno, dos o tres productos (minerales, materias primas y productos alimenticios) originarios antes que nada del latifundio ganadero o agrícola, de la plantación, del yacimiento petrolífero o las minas, muchas veces éstos de propiedad total o parcial de los monopolios imperialistas.³

Califica de feudal a la economía impuesta por España y Portugal en sus colonias, caracterizadas por "el régimen latifundista de propiedad de la tierra y la supeditación de la economía colonial a la economía metropolitana"⁴, y refuta la tesis de algunos historiadores y sociólogos latinoamericanos que plantean la existencia desde los inicios de la colonización de un capitalismo *sui géneris*, al que llaman "capitalismo colonial".

En su criterio no es hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX que las economías latinoamericanas se incorporan abiertamente al mercado mundial capitalista que "erosiona y subordina las economías de origen colonial y que, sin duda desencadena el desenvolvimiento capitalista interior y actúa a la vez como factor deformante".⁵

³ Rodney Arismendi: *Problemas de una revolución continental*, tomo I, pp. 34-35, Editorial Grafinet, Uruguay, 1997.

⁴ *Ibídem*, p. 36.

⁵ *Ibídem*, p. 38.

[50]



Considera que el tránsito de la economía feudal a la capitalista en esos países ha sido lento y complejo con caracteres específicos en los diversos países y hasta en las diferentes regiones de cada país. El desarrollo del capitalismo en América Latina, señala Arismendi, no sólo ha sido deformado por la penetración imperialista, sino que conserva huellas de la estructura económica feudal y pre-capitalista del período colonial.

En el siglo xx, continúa diciendo, el desarrollo capitalista de los países latinoamericanos se incrementa, en especial como consecuencia de las dos guerras mundiales que azotan el siglo, y se acentúa también el carácter deformado y dependiente de su economía. Aparece en estos países un proletariado industrial, cuyo crecimiento se hace evidente en algunas de las Repúblicas suramericanas, al mismo tiempo que aumenta también el número de los obreros agrícolas. De este minucioso análisis saca una reveladora conclusión: “Las relaciones imperantes en muchos de nuestros países se han constituido por el desarrollo capitalista dentro de la vieja matriz del latifundio y de la opresión imperialista -hoy particularmente yanqui- y que este desarrollo capitalista que se ha extendido también al campo, enlazándose con las más variadas relaciones agrarias pre-capitalistas, se sigue procesando de modo contradictorio, por la misma ruta, la más dolorosa para los obreros, para los campesinos, para las masas trabajadoras en general.”⁶

Esta estructura origina una serie de contradicciones clasistas internas y también externas, fundamentalmente, entre el país oprimido y el imperialismo yanqui opresor.

La absorción por los Estados Unidos, de la mayor parte de las riquezas producidas a través del comercio exterior, de las rentas de los capitales invertidos y el servicio de la deuda externa, desestabiliza su economía y pone en crisis el sistema de explotación imperialista. Agudiza también, al mismo tiempo, el nudo del sistema de contradicciones en ellos existentes y crea las condiciones para el estallido de la revolución social que se pone de manifiesto en las crisis de la política de sometimiento a Washington de las burguesías pro-imperialistas que, en el marco de la guerra fría, se sumaron descocadamente a la política anticomunista desatada por el imperialismo.

⁶ *Ibíd.*, p. 46.

[51]



La agresión a Guatemala en 1954, que trajo como consecuencia el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz y la instauración en 1959 del proceso revolucionario cubano, son factores decisivos en esta crisis y han estimulado la lucha política y social de las masas, señala Arismendi.

El imperialismo ha reaccionado tratando de incrementar las acciones del FMI que reclama la implantación de políticas económicas neoliberales que agudizan la explotación de las masas.

Critica Arismendi con sólidos argumentos la “teoría desarrollista” elaborada por algunos economistas latinoamericanos para resolver los problemas económicos de los países latinoamericanos. “La teoría del desarrollo -afirma- elude definir la estructura de estos países en función de la presencia del imperialismo y el latifundio y promueve como ideal la elevación de ‘la tasa de producción por habitante’ concibiéndola como un simple desarrollo cuantitativo de fuerzas productivas sin romper las viejas relaciones de producción”.⁷

Para lograr estos fines reclaman, por supuesto, el incremento de las inversiones extranjeras o en su defecto un aumento de la productividad social basada en la superexplotación de las masas obreras y campesinas.

Tal política es la causante de un aumento de la actividad de la clase obrera y de las masas populares en general, que activa sus organizaciones sindicales, incrementa las huelgas y se organiza en Partidos Comunistas para la defensa de sus intereses.

Analiza también cuidadosamente las falacias de la llamada Alianza para el Progreso que ofrecía unos cuantos millones de dólares para invertir en el supuesto desarrollo de estos países en cantidades insuficientes y a cambio de un incremento de la subordinación y el sometimiento de sus economías y políticas a los Estados Unidos, luego del reconocimiento explícito del derecho de éstos a intervenir en sus asuntos internos.

Arismendi demuestra con hechos irrefutables el fracaso de la política estadounidense para solucionar los problemas de los países latinoamericanos, la que sólo ha contribuido a incrementar el sometimiento a su economía y a su política y a agudizar el hambre y la miseria de las masas obreras y campesinas. Por ello plantea que a los países del sur del Río Bravo no les queda otro cami-

⁷ *Ibidem*, p. 61.

[52]





no para resolver sus problemas que realizar la revolución social para la cual existen, y queda demostrado exhaustivamente en su obra, las condiciones objetivas y se van creando las subjetivas con las acciones de los movimientos populares, los Partidos Comunistas y el ejemplo que brinda la revolución cubana.

Se cuestiona también cuál será el carácter de la revolución que se avecina para los países latinoamericanos. ¿Será acaso, como dicen algunos, una revolución democrático-burguesa o será una revolución socialista?

La respuesta de Arismendi, reiterada a través del libro, es que la revolución continental cuyo estallido prevé para fecha no muy lejana, no puede ser una revolución socialista sino una revolución nacional-liberadora, democrática y antiimperialista, fase inicial de la revolución socialista hacia la cual se irá transitando de modo gradual de acuerdo con las condiciones existentes en cada país donde la misma se produzca.

Precisa destacar que para Arismendi la tarea esencial de la revolución nacional-liberadora es precisamente liquidar la dominación imperialista, reintegrar a la nación los bienes -tierras, minas, empresas- de los que el imperialismo se ha apropiado.

Es de notar que en su obra Arismendi califica a la revolución nacional liberadora de democrática, pues en esta fase de la revolución se resuelven una serie de tareas de carácter democrático como la liquidación del latifundio mediante la Reforma Agraria que pone en manos de los campesinos como propietarios las tierras que hasta entonces han ocupado como arrendatarios, aparceros o precaristas.

Señala Arismendi que aunque la revolución nacional-liberadora no liquida los capitales nacionales sino el imperialista, ya que no expropia a la burguesía industrial o agraria ni a la pequeña burguesía que opera con capitales nacionales, no es una revolución democrático-burguesa porque no se hace en beneficio de la burguesía, sino en el de las masas populares, por lo que prepara el tránsito a la revolución socialista.

Insiste en que el carácter nacionalista de esta revolución no implica dejar al margen los intereses de la clase obrera, el campesinado y otros sectores populares, ni trabajar para enriquecer a las burguesías nacionales, sino la utilización de los recursos nacionales para mejorar las condiciones de vida de todo el pueblo.

[53]



Se detiene asimismo en el análisis de las fuerzas motrices capaces de impulsar la revolución nacional-liberadora, democrática y antiimperialista, la cual no puede llevarse a cabo sin tomar en cuenta la estructura socio-clasista que caracteriza a estos países. Es comprensible que la burguesía vinculada a los intereses imperialistas no está interesada en impulsar esta revolución que constituye una real amenaza para sus intereses de clase, pero sí están interesados en ella los obreros, los campesinos, los estudiantes, los profesionales, los intelectuales progresistas, la pequeña burguesía y otros sectores populares.

También lo está -señala Arismendi- aquella burguesía que no está vinculada directamente con el imperialismo y, en cierto sentido resulta también explotada por él, que le pone obstáculos a su desarrollo. Esa burguesía que nuestros economistas suelen llamar "burguesía nacional", por su debilidad y su carácter inestable, no puede estar al frente de la revolución conduciéndola; ese lugar le corresponde a la clase obrera en unión de los campesinos pobres, quienes pueden apoyarse en los demás sectores populares de la sociedad.

Es muy importante el papel que Arismendi le asigna a la clase obrera en esta revolución; sólo ella puede conducirla hasta sus últimas consecuencias, realizar sus tareas fundamentales y con ello preparar las condiciones para producir el tránsito hacia la revolución socialista. Piensa que la revolución cubana lo ha demostrado plenamente.

Un espacio considerable dedica en su obra al análisis de la llamada *contradicción fundamental* de esta revolución. Siguiendo a Marx afirma que ésta no es otra que la existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; las primeras al llegar a un momento de su desarrollo entran en contradicción con las relaciones de producción imperantes, las que se convierten en trabas de su desarrollo. Es entonces, dice Marx, que "se abre una época de revolución social".

No admite el criterio de que exista además de ésta, o en sustitución suya, una *contradicción principal* que en una sociedad determinada, en la compleja red de contradicciones sociales ascienda a un primer plano en un momento dado y rija todo el proceso de la revolución social como sería en este caso la contradicción entre la nación oprimida y el imperialismo opresor, criterio que, como se sabe, sostienen la mayor parte de los científicos sociales cubanos

[54]





quienes si bien reconocen la existencia de la *contradicción fundamental* a nivel del sistema capitalista en su conjunto -la ya citada entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que opera en las sociedades capitalistas como contradicción entre la burguesía y el proletariado- son del criterio de que en las sociedades de economía dependiente como las de los países latinoamericanos y caribeños sometidos a la explotación del imperialismo estadounidense, junto a ésta opera como *contradicción principal* la existente entre la nación oprimida y el imperialismo opresor, la cual alcanza fuerza y relieve tales que la convierten en *determinante*.

Arismendi apoya sus criterios en razones de índole filosófica, económica y política y, aunque pudiera resultar un poco extenso, considero oportuno reproducir sus argumentos. Considera Arismendi que hay razones:

"...desde el punto de vista filosófico, porque no consideramos que ambos antagonismos puedan dividirse necesariamente. Estamos ante una unidad de contradicciones; ante un nudo de contradicciones en donde se enlaza la contradicción con el imperialismo, la contradicción derivada de la no realización de las tareas democráticas generales en materia agraria y la contradicción entre el proletariado y la burguesía. Si nosotros hipostasiamos una parte de la contradicción mutilamos su unidad, separamos la contradicción fundamental de un modo mecánico.

"...desde el punto de vista económico: ¿se puede separar de modo absoluto la opresión imperialista de las relaciones de producción? Pensamos que no; dialécticamente el imperialismo es, por un lado, un factor exterior de opresión nacional, pero es, por otro, una parte de las relaciones de producción del país, ya que es propietario de empresas y tierras, y se enlaza a su vez con los capitalistas antinacionales y los terratenientes en otras empresas latifundios o bancos.

...desde el punto de vista político ¿la revolución de liberación nacional puede debilitarse si nosotros planteamos con toda la fuerza y la misma altura, los objetivos radicales de la reforma agraria y los postulados revolucionarios antiimperialistas?

¡Evidentemente, no! Las grandes masas campesinas son una fuerza fundamental de la revolución; la alianza obrero-campesina es la base del frente nacional democrático".⁸

⁸ Ibidem, tomo II, pp. 241-242.





Como puede observarse los criterios sostenidos por Arismendi sobre la *contradicción fundamental* que impulsa el proceso revolucionario y los sostenidos por los científicos sociales cubanos, aunque discrepantes, no son antagónicos y pudieran conciliarse.

El temor de Arismendi de que los elementos burgueses -especialmente la llamada por muchos economistas “burguesía nacional”- traten de poner en un plano secundario los intereses de los obreros y los campesinos y de utilizar la revolución en provecho de sus propios intereses, es real y atendible; sin embargo, la práctica política de la revolución cubana, al mismo tiempo que ha validado la tesis de que la contradicción nación oprimida-imperialismo tiene un papel trascendental en los países de economía dependiente y supedita a ella el resto de las contradicciones existentes, no dejó de tomar en consideración los intereses de las masas populares en especial los de la clase obrera y el campesinado, ni permitió que la “burguesía nacional” pusiera en un primer plano sus propios intereses. No puede olvidarse que la primera y más importante de las leyes revolucionarias dictadas por la Revolución Cubana fue la Reforma Agraria que no sólo afectó profundamente los intereses de los imperialista -propietarios en Cuba de enormes latifundios-, sino también los de la burguesía terrateniente cubana, íntimamente vinculada a ella, al mismo tiempo que reivindicaba las demandas campesinas sobre la tierra.

Conviene precisar que sólo se han expuesto algunas de las tesis fundamentales sobre la revolución continental planteadas por Arismendi, quien ha profundizado mucho en cada uno de los aspectos de la misma; la brevedad del tiempo no permite ser más extensos ni agotar todas sus aristas en las cuales el pensador uruguayo penetró con abundantes y complejas reflexiones.

Fue muy gratificante para la que estas líneas escribe comprobar que las concepciones de Arismendi sobre la revolución continental coinciden en lo fundamental con las sostenidas por los más destacados marxistas cubanos en relación con las posibilidades y caracteres de la revolución social en Cuba y en nuestro continente, las que empezaron a gestarse desde finales de la década del 20 del pasado siglo cuando en Cuba se combatía por el derrocamiento del tirano Machado y fueron las que orientaron la lucha revolucionaria de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro por la conquista de nuestra plena liberación.

[56]



Los postulados sostenidos por Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Blas Roca, Juan Marinello y Fidel Castro, entre otros, sobre las condiciones objetivas y subjetivas que hacen posible la revolución en Cuba, su carácter y sus fuerzas motrices son los mismos sostenidos por Arismendi en sus ensayos sobre la revolución continental. Y no es de extrañar -él mismo lo ha reconocido- la revolución cubana ha sido para él una gran fuente de inspiración y meditación científica.

Si en los momentos en que realizaba la intervención a la que me refiriera en las primeras líneas de este comentario, parecía que la revolución continental que Arismendi preveía no se encontraba tan próxima como él pensaba, hoy la situación es bien diferente, los pueblos de la América Latina y el Caribe, a pesar de la desintegración de la URSS y la debacle del campo socialista, se enfrentan cada vez más decididamente al gigante imperialista y con Cuba y Venezuela al frente luchan no sólo por la integración económica sino por la colaboración entre todos los países latinoamericanos para salir del subdesarrollo, caracterizado por el analfabetismo, la subescolaridad, la insalubridad, la incultura, el desempleo y otros males sociales.

Los pueblos al sur del Río Bravo hoy, como nunca, están conscientes de que es posible librarse de la dominación imperialista y de que para ello es necesario mantener la unidad interna frente a las fuerzas reaccionarias y también la unidad entre todos los pueblos por la victoria final. No debemos olvidar que la historia transita por caminos impredecibles. La revolución continental es una necesidad ineludible y más temprano que tarde habrá de realizarse.

[57]